



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO ROSARIO

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.



ON la misma gozosa expectación de siempre vemos venir el mes de Octubre, que, consagrado á la Bienaventurada Virgen por nuestros consejos y prescripciones, se halla santificado hace algunos años en todo el mundo católico por la ferviente devoción del Rosario. Hemos dicho muchas veces el motivo de nuestras observaciones.

Con los calamitosos tiempos por que atraviesa la Iglesia y la sociedad civil reclamaban con urgencia el socorro inmediato de Dios, hemos pensado que era preciso implorar ese socorro por la intercesión de su Madre y que la manera de súplica que debía emplearse era aquella cuya bienhechora eficacia jamás dejará de experimentar el pueblo cristiano.

Experimental, en efecto, desde el mismo origen del Rosario, ya en la defensa de la fe contra los criminales ataques de los herejes, ya en la conservación de las virtudes en un siglo corrompido, y en no interrumpida serie de beneficios públicos y privados, cuyo recuerdo se conserva en instituciones y monumentos ilustres. Y así en nuestra época, á tantos peligros expuesta, recordamos con placer cuantos saludables frutos han provenido de ese origen.

Con todo, Venerables Hermanos, básteos dirigir la mirada en torno vuestro para conocer que esas razones subsisten, y en parte han aumentado, y que debe excitarse

este año, por medio de Nuestras exhortaciones, la ferviente oración á la Reina del Cielo entre los rebaños confiados á vuestra solicitud.

Añadamos que al meditar la íntima naturaleza del Rosario, mayores aparecen á nuestra vista su grandeza y utilidad y más acrecen el deseo y esperanza de que Nuestras recomendaciones consigan que el culto de esta santa oración se conozca y practique más y se desarrolle en adelante.

Para ello no queremos repetir las consideraciones de varia índole expuestas sobre el asunto en años precedentes; mas conviene explicar y enseñar por qué providencial disposición sucede que, gracias al Rosario, aumente la confianza de ser oídos en los que ruegan, y la maternal misericordia de la Virgen Santísima para con los hombres responda á ese ruego asistiéndoles con soberana bondad.

El socorro que imploramos de María por nuestras oraciones tiene su fundamento en el oficio de mediadora de la Divina Gracia, que constantemente cerca de Dios desempeña y en el supremo favor que obtiene por su dignidad y méritos, aventajando mucho en poder á todos los Santos. Y ese oficio no encuentra quiza su expresión en oración alguna tanto como en el Rosario, donde se hace presente la parte que ha tomado la Virgen en la salvación de los hombres y donde la piedad encuentra tan gran satisfacción, ya contemplando sucesivamente los sagrados Misterios, ya recitando con repetición las oraciones.

Primero vienen los misterios gozosos. El Hijo Eterno de Dios se inclina hacia la humanidad y se hace hombre; pero con el consentimiento de María, que *concede del Espíritu Santo*. Entonces Juan, por una gracia insigne, es santificado en el seno de su madre y favorecido con selectos dones *para preparar las vías del Señor*; pero todo gracias á la salutación de María, que por divina inspiración visita á su prima. En fin, el Cristo *esperado de las naciones* viene al mundo, y nace de María, y los pastores y los magos, príncipios de la fe, se apresuran á llegar á su cuna y allí *encuentran al Niño con María, su Madre*. Y este, para ofrecerse á Dios como víctima en una pública ceremonia, quiere ser llevado al templo por el Ministerio de su Madre, y allí es presentado al Señor. La misma Virgen, en la misteriosa pérdida del Niño le busca con inquieta solicitud y le encuentra con grande alegría.

Ni de otro modo hablan los misterios dolorosos. En el jardín de Gethsemani, donde Jesús es afligido y triste hasta la muerte, y en el Pretorio, donde es azotado, coronado de espinas, condenado á muerte, María sin duda está ausente; pero ha mucho tiempo que todo ello lo conoce y lo medita.

Porque al ofrecerse á Dios como á su sierva por ser su Madre, y al consagrarse enteramente á Él en el templo con su Hijo, en ambos actos se asoció á ese Hijo en laboriosa expiación por el género humano, y por esto no es dudoso que tomó en su alma gran parte en las amarguras, angustias y tormentos de su Hijo.

En su presencia y á su vista debía consumarse el Divino Sacrificio, para el que generosamente alimentó la víctima. Esto hay que notar en el último de esos Misterios, y que es lo más enternecedor: *junto á la Cruz de Jesús, estaba en pie María, su Madre*, que movida de inmensa caridad hacia nosotros, para recibirnos por hijos, ofreció voluntariamente el suyo á la justicia divina, muriendo en su corazón con Él, traspasado el pecho de una espada de dolor.

En fin, en los misterios *gloriosos* que después vienen, el mismo Oficio misericordioso de la Beatísima Virgen se afirma y desempeña más. Goza en silencio de la gloria de su Hijo, que triunfe de la muerte, le sigue con maternal ternura hasta las celestes moradas; pero, mereciendo el cielo, está retenida en la tierra como la mejor consoladora y directora de la naciente Iglesia, *ella que penetró más allá de cuanto pudiera creerse los insondables abismos de la divina sabiduría* (1).

Y como la sagrada obra de la Redención humana no terminará antes de la venida del Espíritu Santo, prometido por Cristo, Nos contemplamos á la Virgen en el Cenáculo donde, orando con los Apóstoles, y por ellos con inefables gemidos, prepara á la Iglesia para recibir la plenitud de este mismo Espíritu, don supremo de Cristo, tesoro que no faltará en ningún tiempo. Pero ella debe cumplir más completamente y siempre el cargo de abogada nuestra, y una vez que pasa á la vida eterna, vémosla transportada desde este valle de lágrimas á la ciudad Santa de Jerusalén, rodeada de los coros de Angeles; la honramos

(1) S. Bern. De XII prerog. B. M. V. n. 3

exaltada en la gloria de los Santos, coronada por Dios su Hijo con diademas de estrellas y sentada cerca de él, Reina y Señora del Universo.

Todas estas cosas, Venerables Hermanos, en que se manifiesta el *designio de Dios, designio de sabiduría, designio de piedad* (1), y donde brillan al mismo tiempo los tres grandes beneficios de la Virgen Madre en favor nuestro, no puede menos de producir en todos una dulce impresión, inspirando la firme confianza de que, por mediación de María, se obtendrá de Dios clemencia y misericordia.

La oración vocal, que está en perfecta conformidad con los misterios, obra en el mismo sentido. Comiéncese, como es debido, por la oración dominical dirigida al Padre que está en los cielos; después de haberle invocado con las más vivas instancias, la voz suplicante se vuelve desde el trono de Su Majestad á María, conforme á esta ley de la misericordia y de la oración de que Nos hemos hablado ya y que San Bernardino de Sena ha formulado en estos términos: *Toda gracia que se comunica á este mundo llega por tres grados: pues de Dios á Cristo, de Cristo á la Virgen y de la Virgen á nosotros es dispensada con toda regularidad* (2); de estos grados, que son de diversa naturaleza, aquél en que solemos reposar más larga y más gustosamente en cierto modo, es el último, mediante el Rosario en que la salutación angélica se recita por decenas, como con el objeto de subir más confiadamente á los otros grados, es decir, por el Cristo á Dios Padre.

Tantas repeticiones de la misma salutación á María tienden á que nuestra oración, débil é imperfecta de suyo, se vea sostenida por la confianza necesaria, suplicando á la Santísima Virgen interceda por nosotros ante el Señor. Nuestras palabras tendrán una mayor eficacia, apoyadas por las plegarias de la Virgen María, á la cual dirige de continuo el Soberano Señor aquella tiernísima invitación del libro de los Cánticos: *Suene tu voz perpetuamente en mi oído; porque es dulce el sonido de tu voz*. Por esto recordamos tantas veces los títulos gloriosos con que ha sido ella ensalzada. En ella saludamos á la que *ha encontrado gracia delante de Dios* y especialmente á la que *ha sido llena de gracia*, para que la sobrecabundancia de esta gracia se de-

(2) San Bernardin, *Serm. in Nativ.* B. M. V. n. 6.—(2) Sermón VI en la fiesta de la Anunciación.

rrame sobre nosotros; á aquella con quien está el Señor más íntimamente unido que con ninguna otra criatura; á la *bendita entre todas las mujeres*, á la que *borró el anatema y trajo la bendición*, aquel fruto dichoso de su vientre, en quien *fueron benditas todas las naciones de la tierra*. La invocamos por último, como á *Madre de Dios*, y amparada con esta sublime dignidad, ¿qué no podrá alcanzar ella para nosotros, *pobres pecadores*, y qué no podemos esperar nosotros de sus ruegos, *ahora y en la hora de nuestra muerte*?

Imposible que el hombre que con fe se aplique al rezo de estas oraciones y á la meditación de éstos altísimos misterios, no acabe por admirarse profundamente, contemplando los designios de Dios realizados en la Santísima Virgen para la salvación de todos los pueblos; y que una vez convencido de la verdad de éstas, deje de entregarse con fiado en sus brazos protectores, repleniendo las palabras de San Bernardo.

«Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que ninguno de cuantos han acudido á vuestra protección, implorado vuestro socorro y pedido vuestros auxilios haya sido desoído ni abandonado!»

Y no sólo hemos de tener la confianza de que la Santísima Virgen ha de oírnos, mediante la devoción del Rosario, sino también la de que ha de concedernos su misericordia. Fácil es comprender cuánto ha de complacer á esta Soberana Señora vernos y oírnos, interin vamos nosotros tejiendo la corona de sus alabanzas. Rezando de esta manera, damos á Dios la gloria que le es debida; buscamos únicamente el cumplimiento de su voluntad; celebramos su bondad y su misericordia, dán'le el nombre de Padre, y en vuestra indignidad, solicitamos de El los más preciosos dones; todo esto complace sobremañera á María y verdaderamente mediante nuestra piedad, ella *glorifica al Señor*. Pues nosotros dirigimos á Dios una oración digna de El, al recitar la oración dominical.

Á las hermosas peticiones, tan conformes á la fe, á la esperanza y á la caridad, que hacemos en esta oración, viene á juntarse una circunstancia que la hace agradable á la Santísima Virgen. Jesucristo, su Hijo, fué el autor de esta oración admirable, y expresamente nos mandó fuera ella la fórmula de nuestras plegarias: *y vosotros rezareis de este modo*. Luego cuando nosotros, *obedientes á*

esté mandato, repetimos la oración dominical en el Rosario, la Santísima Virgen se encuentra más dispuesta á ejercer su papel de mediadora entre los hombres y su Hijo divino; y llena de solicitud y de ternura, acoge benévola esa mística guirnalda de oraciones que le ofrecemos, dispuesta á recompensarnos con suma abundancia de bienes.

Razón muy digna de tenerse en cuenta y que abona, sobre tantas otras, el rezo del Santísimo Rosario es su eficacia para enseñarnos á orar. Numerosas distracciones, hijas de la humana fragilidad, son, para muchos individuos, escollo de sus buenos propósitos, durante el tiempo que dedican á la oración. Compréndase ahora cuán á propósito es la práctica del Rosario para que la atención más detenidamente se fije en su natural objeto, para remediar fácilmente cualquier falta involuntaria en la materia y para que el espíritu se abstraiga de los terrenales intereses y levante su vuelo hacia las celestiales regiones.

Consta, en efecto, el Rosario de dos partes, bien distintas entre sí, pero íntimamente unidas, sin embargo, la meditación de sus misterios y la oración vocal. Este método de rezar exige, por parte del hombre, atención especialísima; no solamente exige que procure dirigir su espíritu hacia Dios, sino que se abisme en la meditación de lo que contempla. Contempla, en efecto, lo que existe de más grande y admirable; es, á saber, los misterios fundamentales del Cristianismo, que son los que merced á su luz clarísima y á su divina virtualidad, han sido parte á que la verdad, la paz y la justicia hayan establecido un nuevo orden de cosas sobre la tierra y producido, entre todas las gentes, frutos de bienandanza.

Al mismo fin concurre también la manera cómo se presentan estos misterios tan profundos á los que recitan el Rosario, de tal suerte, que se hallan al alcance de las inteligencias menos instruidas. No son dogmas de Fe, principios doctrinales los que el Rosario propone á la meditación, sino más bien hechos visibles que se graban en la memoria, y estos hechos presentados en sus circunstancias de lugar, de tiempo y de personas, se imprimen doblemente en el ánimo y le mueven con mayor eficacia. Cuando desde la infancia el alma se halla bien penetrada de esos misterios, basta su enunciación para que quien ore con algún fervor pueda recordarlos sin esfuerzos por un mo-

vimiento natural del pensamiento y el corazón, y recibir en abundancia por el favor de María, el rocío de la gracia celestial.

Otra razón hace que estas guirnaldas de oraciones sean más agradables á María y más dignas de recompensa á sus ojos. Cuando recorremos piadosamente la tercera serie de los misterios, expresamos más vivamente nuestros sentimientos de gratitud hacia Ella, porque así declaramos que nunca nos cansamos de recordar los beneficios por los cuales Ella ha tomado parte en nuestra salvación con ternura sin límites. Estos recuerdos tan grandes, repetidos tan frecuentemente en su presencia y celebrados con fervor, deben llenar su alma bienaventurada de alegría inexplicable en el lenguaje humano y de solicitud y caridad maternales.

Por otra parte, estos mismos recuerdos dan á nuestra súplica mayor ardor y mayor fuerza porque cada misterio que pasa es un nuevo motivo de deprecación poderosísimo que la Virgen María no podrá menos de atender. A vuestro amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no abandonéis á los desgraciados hijos de Eva. Os imploramos, mediadora de nuestra salvación, tan poderosa como elemento, por las alegrías venidas de vuestro Hijo Jesús, por vuestra comunión en sus inefables dolores, por el esplendor de su gloria, os suplicamos con todas nuestras fuerzas, ¡y á pesar de nuestra indignidad, oídos con benevolencia y atendernos!

La excelencia del Rosario de María, considerado desde el doble punto de vista de que acabamos de hablar, os hará comprender más claramente, Venerables Hermanos, por qué nuestra solicitud no cesa de recomendar y desarrollar su práctica. El siglo en que vivimos necesita más y más, según ya hemos dicho al empezar, de los favores del Cielo, principalmente, porque la Iglesia encuentra por doquier muchos motivos de aflicción atacada en su derecho y en su libertad, y porque los Estados cristianos se sienten también amenazados en su paz y en su prosperidad.

Nuestra esperanza en obtener del cielo los socorros necesarios es completa. Lo repetimos y proclamamos de nuevo en el Rosario. ¡Quiera Dios que esta devoción de nuestros padres vuelva á ser honrada, según es nuestra voluntad! ¡Que en las ciudades, las aldeas y los talleres;

en la morada de los grandes y de los humildes sea esta devoción practicada y reverenciada; que el Rosario sea en todas partes la bandera de la Fe cristiana y la prenda segura de la protección y de la misericordia divinas!

De día en día es más preciso que todos los cristianos trabajen por obtener ese resultado en una época en que la impiedad frenética no omite intriga, ni retrocede ante audacia ninguna para irritar la cólera de Dios y hacer caer sobre la patria el peso de su justa ira. Entre otras causas de tantos males, las personas honradas deploran con Nos que en el seno de las naciones católicas se encuentre un número considerable de cristianos que se recrean con las afrentas de todo género que se dirigen á la Iglesia. Asimismo se ve cuántos se aprovechan de la libertad de imprenta para poner en ridículo ante la multitud las cosas más santas y hasta la confianza, mil y mil veces justificada por la experiencia, que tienen los pueblos en la intercesión de la Santísima Virgen.

En estos últimos meses se ha visto que ni la Persona misma de nuestro Señor Jesucristo ha quedado á salvo del ultraje. No ha habido el menor reparo en llevarla hasta el teatro, no pocas veces manchado con obscenidades; de representarla despojada de la majestad de su naturaleza divina y de negar, por tanto, la redención del género humano. No se han avergonzado estas mismas gentes de intentar la rehabilitación de un hombre cubierto de perpetua ignominia, odioso por la monstruosidad de una traición que proclamará infame hasta el fin de los siglos, al miserable que vendió á Jesucristo.

Hay que advertir que en todas las ciudades de Italia donde se cometió este crimen ó donde estuvo á punto de cometerse, la indignación fué general y se deploró amargamente la violación de los derechos más sagrados de la Religión, derechos desconocidos y despreciados en una nación que precisamente se gloria de ser la primera entre todas las del mundo católico. La solícita vigilancia de los Obispos se enardeció como era su deber; los buenos Pastores dirigieron sus protestas á los que deben cuidar de la dignidad de la patria y de la Religión, y no contentos con advertir á su grey de la gravedad del peligro, la exhortaron á reparar por medio de solemnidades religiosas la ofensa sacrilega hecha al adorable autor de nuestra redención.

Nos complacemos en consignar la emoción y al mismo tiempo la actividad desplegada, de mil maneras, por las personas honradas, con este motivo; este espectáculo ha contribuido á aminorar notablemente nuestro dolor. En esta ocasión solemne en que os dirigimos nuestra voz, no podemos callar tampoco sobre este punto, y Nos unimos. Nuestras protestas más enérgicas á las de los Obispos y fieles. Por virtud de este mismo sentimiento que Nos mueve á quejarnos del atentado sacrilego, Nos exhortamos vivamente á las naciones, y en particular á la italiana, á que guarden con viva fidelidad la Fe cristiana de sus antepasados, que es su herencia más preciosa, á que la defiendan con energía y la propaguen con la honestidad de sus costumbres y su gran piedad.

A este efecto, Nos deseamos vivamente que, durante todo el mes de Octubre, de la piedad de los fieles y de las cofradías se apresure á honrarlo más dignamente posible, á la Augusta Madre de Dios, poderosa protectora de la sociedad cristiana y gloriosa Reina del Cielo. Nos confirmamos y repetimos de todo corazón los privilegios y las indulgencias que, á este efecto, hemos acordado en años anteriores.

Venerables Hermanos, que el Dios que *Nos había reservado con toda su misericordiosa providencia tal Mediadora* (1) y que *ha querido que lo recibamos todo por María* (2), se digne por medio de su poderosa intercesión atender á nuestros deseos y colmar nuestras esperanzas; para ayudar á su realización, Nos os acordamos de todo corazón la Bendición Apostólica, á vosotros, al Clero y al rebaño confiado á cada uno de vosotros.

Dado en Roma, cerca de San Pedro el 8 de Septiembre de 1894, de Nuestro Pontificado el año XVII.

LEON XIII, PAPA.

(1) *S. Bernardino*. De las XII prerrogativas. B. M. V. n. 2.—(2) *S. Bernardino*. *Sermon*, in Nativ. B. M. V. n. 7.



EPISTOLA ENCYCLICA

DE MARIALI ROSARIO

LEOPP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

NUNCUNDA semper expectatione erectaque spe Octobrem mensem conspicimus redeunt; qui, hortatione et praescripto Nostro dicatus Virgini Beatissimae, non paucos iam annos concordi per catholicas gentes et vivida Rosarii floret pietate. Quae Nos ad hortandum moverit causa, non semel ediximus. Nam calamitosa Ecclesiae civitatumque tempora quum praesentissimum Dei auxilium omnino deposcerent, hoc nimirum Matre eius deprecatrice implorandum esse censuimus, eoque praecipue supplicandi ritu contentendum, cuius virtutem christianus populus nunquam sibi non saluberrimam sensit. Id enimvero sensit ex ipsa mariali Rosarii origine, tum in fide sancta a nefariis tutanda incursibus hominum haereticorum, tum in consentanea virtutum laude, quae per saeculum corrupti exempli relevanda erat et sustinenda: idque perenni sensit privatim et publice beneficiorum cursu, quorum memoria praeclaris etiam institutis et monumentis ubique est consecrata. Similiter in aeterna nostram multiplici rerum discrimine laborantem, fructus inde salutare provenisse commemorando laetamur: altamen circumspectentes, Venerabiles Fratres, videtis ipsi causa adhuc insidere partimque ingravescere, quomobrem hoc item anno obsecrandae caelestis Reginae ardor, Nostra exhortatione vestris in gregibus excitetur.—Accedit quod, intima in Rosarii natura cogitationem defigentibus, quanto Nobis eius praestantia utilitatesque illustrius apparent, tanto acutius desiderium et spes, posse adeo commendationem nostram, ut eiusdem sacratissimae precis religio, sucta in animis cognitione et amplificata consuetudine, optimis vigeat incrementis. Cuius rei gratia non ea quidem revocaturi sumus quae superioribus annis varia in eodem genere ratione libuit edisserere: illud potius ad considerandum docendumque occurrit, qua divini consilii excellentia fiat, ut, ope Rosarii, et impetrandi fiducia in animos precantium suavissime influa

et materna in homines almae Virginis miscratio summa benignitate ad opitulandum respondeat.

Quod Mariae praesidium orando quaerimus, hoc sane, tamquam in fundamento, in munere nititur concilian^{do} nobis divinae gratiae, quo ipsa continenter longitur apud Deum, dignitate et meritis acceptissima, longaeque Caelibus sanctis omnibus potentia antecellens. Hoc vero munus in nullo fortasse orandi modo tam patet expressum quam in Rosarii in quo partes quae fuerunt Virginis ad salutem hominum procurandam sic recurrunt, quasi praesenti effectu explicatae: id quod habet eximium pietatis emolumentum, sive sacris mysteriis ad contemplandum succedentibus, sive precibus ore pio iterandis.—Principio coram sunt gaudii mysteris. Filius enim Dei aeternus sese inclinat ad homines homo factus; assentiente vero Maria et concipiente de Spiritu sancto. Tum Ioannes materno in utero sanctificatur charismate insigni, lectisque donis ad vias Domini parandas instruitur; haec tamen contingunt ex salutatione Mariae, cognatae divino efflatus visentis. In lucem tandem editur Christus, expectatio gentium, ex Virgine editur; eiusque ad incunabula pastores et magi, primitiae fidei, pie festinantes, Infantem inveniunt cum Maria Matre eius. Qui deinde, ut semet hostium Deo Patri ritu publico tradat, vult ipse in templum afferri; ministerio autem Matris ibi sistitur Domino. Eadem, in arcana Pueri amissione, ipsum anxia sollicitudine quaerit et reperitque ingenti gaudio.—Neque aliter loquuntur doloris mysteris. In Gethsemani horto, ubi eius pavet maeretque ad mortem, et in praetorio, ubi flagris caeditur, spinea corona compungitur, supplicio multatur, abest ea quidem Maria, talis vero iamdiu habet cognita et perspecta. Quum enim se Deo vel ancillam ad matris officium exhibuit vel vitam cum Filio in templo devovit, utroque ex facto iam tum consors cum eo extitit laboriosae pro humano genere expiationis: ex quo etiam, in acerbissimis Filii angoribus et cruciamentis, maxime animo condoluisset dubitandum non est. Ceterum, presente ipsa et spectante, divinum illud sacrificium erat conficiendum, cui victimam de se generosa aluerat; quod in eisdem mysteris postremum flebilisque observatur: *stabat iuxta Crucem Iesu Maria Mater eius*, quae tacta in nos caritate immensa ut susciperet filios, Filium ipsa suum ultro obtulit iustitiae divinae, cum eo commoriens corde, doloris gledio transfixa.—In mysteris denique gloriae quae consequuntur, idem magnae Virginis benignissimum munus coasfrmat, re ipsa uberius. Gloriam Filii de morte triumphantis in tacita delibet laetitia: sedes autem superas repetentem materno affertur prosequitur; at, caelo digna, detinetur in terris, exorientis Ecclesiae sol-trix optima et magistra, quae profundissimam divinae sapientiae, ultra quam credi valeat, penetravit abyssum (1). Quoniam vero humanae redemptionis sacramentum non ante perfectum erit quam promissum a Christo Spiritus Sanctus

(1) S. Bernardus, de XII praerogativis. B. M. V. n. 3.

advenerit, ipsam idcirco in memori Coenaculo contemplamur, ubi simul cum Apostolis pro eisque postulans inenarrabili genuit, eisdem Paraclati amplitudinem maturat Ecclesiae, supremum Christi donum, thesaurum nullo tempore defecturum. Sed cumulate perpetuoque munere causam nostram exortura est, ad saeculum immortale progressa. Scilicet ex lacrimosa valle in civitatem sanctam Ierusalem erectam suspicimus, choris circumfusis angelicis: colimusque in Sanctorum gloria sublimem, quae stellanti diademate a Filio Deo aucta, apud ipsum sedet regina et domina universorum.—Haec omnia, Venerabiles Fratres, in quibus consilium Dei proditur, consilium sapientiae, consilium pietatis (1), simulque permagna in nos merita Virginis Matris elucent, neminem quidem possunt non iucunde afficere, certa spe iniecta divinae clementiae et miserationis administrata Maria consequendae.

Eodem spectat, apte concinens cum mysteris, precatio vocalis. Antecedit, ut aequum est, dominica oratio ad Patrem caelestem; quo eximius postulaticibus invocato, a solio maiestatis eius vox supplex convertitur ad Mariam; non alia nimirum nisi hac de qua dicimus conciliationis et deprecationis lege, a sancto Bernardino Senensi in hanc sententiam expressa: *Omnis gratia quae huic saeculo communicatur, triplicem habet processum. Nam a Deo in Christum, a Christo in Virginem, a Virgine in nos ordinatissime dispensatur* (2). Quibus veluti gradibus, diversae quidem inter se rationis, positus, in hoc extremo libentius quodammodo longiusque ex instituto Rosarii insistimus, salutatione angelica in decades continuata, quasi ut filentius ad ceteros gradus, id est per Christum ad Deum Patrem, nitamur. Sic vero eandem salutationem toties effundimus ad Mariam, ut manca et debilis precatio nostra necessaria fiducia sustentetur; eam flagitantes ut Deum pro nobis, nostro velut nomine, exoret. Nostris quippe vocibus magna apud illum et gratia et vis accesserit, si precibus Virginis commendantur: quam blanda ipsemet invitatione compellat: *Sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis* (3). Hanc ipsam ob rem toties redeunt praedicata a nobis quae sunt ei gloriosa nomina ad impetrandum. Eam salutamus, quae gratiam apud Deum invenit, singulariter ab illo plenam gratiam, cuius copia ad universos profuerit: eam, cui Dominus quanta maxima fieri possit conjunctione inhaeret eam, in mulieribus benedictam, quae sola maledictionem sustulit et benedictionem portavit (4), beatum ventris sui fructum, in quo benedicerentur omnes gentes: eam demum Matrem Dei invocamus; ex qua dignitate excelsa quid non pro nobis peccatoribus certissime exposcat, quid non speremus in omni vita et in agone spiritus ultimo?

Huiusmodi precibus mysterisque qui omni diligentia et fide vacaverit, fieri certa nequit ut non in admirationem rapiatur de divinis

(1) S. Bernardus, serm. in Nativ. B. M. V. n. 6.—(2) Sermon VI in festis B. M. V. de Ananias. a. 1. s. 2.—(3) Cant. II, 14.—(4) S. Thomas, op. VIII, super salut. angel. n. 8.

in magna Virgine consiliis ad communem gentium salutem; atque alacri gestiet fiducia sese in tutelam eius sinumque recipere, ea fere sancti Bernardi obstinatione: *Memorare o piissima Virgo Maria, nunquam audium a saeculo quemquam ad tua currentem praesidia, tua implorantem auxilia, tua petentem suffragia, esse derelictum.*

Quae autem est Rosarii virtus ad suscipiendam orantibus impetrationis fiduciam, eadem pollet ad misericordiam nostri in animo Virginis commovendam. Illud est manifestum quam sibi laetabile accidat, videre nos et audire dum honestissimas petitiones pulcherrimasque laudes rite nectimus in coronam. Quod enim, ita compræcans, debitam Deo reddimus et optamus gloriam; quod nutam voluntatemque eius unice exquirimus perficiendam; quod eius extollimus bonitatem et munificentiam, appellantes Patrem ac munera praestantissima indigni rogantes: hisce mirifice delectatur Maria, vereque in pietate nostra magnificat Dominum. Digna siquidem precatione alloquimur Deum, quum oratione Dominica alloquimur. — Ad ea vero quae in hac expetimus, tam per se recta et composita, tamque congruentia cum christiana fide, spe, caritate, ad hunc pondus commendatio quaedam Virgini quam gratissima. Nam cum voce nostra vox ipsa consociari videtur Iesu Filii; qui eandem orandi formulam conceptis verbis tradidit auctor, praecipitque adhibendam: *sic ergo vos orabitis* (1). Nobis igitur talem praereptionem, Rosarii ritu, observantibus propensiore illa voluntate, ne dubitemus, officium suum, solliciti amoris plenum, impendit; haec autem mystica precum sarta facili ipsa vult accipiens, bene largo munerum praemio donabit. — In quo, ut liberalissimam bonitatem eius certius nobis polliceamur, non mediocri causa est in propria Rosarii ratione, ad recte orandum perapta. Multa quidem et varia, quae hominis est fragilitas, orantem avocante a Deo solent eiusque fidele propositum intervertere: et at vero qui rem probe reputet, continuo perspiciet quantum in illo efficacitatis insit, quum ad intendendam mentem et socordiam animi excutiendam, tum ad salutarem de admissis dolorem excitandum educendumque spiritum in caelestia. Quippe ex duobus, ut percognitum est, constat Rosarium, distinctis inter se conjunctisque, meditatione mysteriorum et acta per vocem precatione. Quocirca hoc genus orandi peculiarem quandam hominis attentionem desiderat; qua nimirum, non solum mentem ad Deum modo aliquo dirigat, verum in rebus considerandis contemplandisque ita versetur, ut etiam documenta capiat melioris vitae omnisque alimentae pietatis. Neque enim iisdem rebus maius quidquam aut admirabilius est, in quibus fidei christianae vertitur summa; quarum lumine ac virtute, veritas et iustitia et pax, novo in terris rerum ordine laetissimisque cum fructibus, processerunt. — Cum hoc illud cohaeret, quemadmodum eadem res gravissimae cultoribus Rosarii proponantur; eo videlicet modo qui ingenius vel indoctorum accommodatae conveniat. Est enim sic institutum, non

(1) Matth. VI, 9.

quasi proponantur capita fidei doctrinaeque consideranda, sed potius veluti usurpanda oculis facta et recolenda: quae iisdem fere atque acciderunt locis, temporibus, personis, oblati, eo magis tenent animos utriusque permovent. Quod autem haec a teneris vulgo sunt indita animis et impressa, ideo fit ut, singulis enuciatis mysteriis, quisquis vere est orandi studiosus, nulla prorus imaginandi contentione sed obvia cogitatione et affectu per ea discurrat, abundeque sibi imbibat, largiente Maria, rorem gratiae supernae. — Alia est praeterea laus quae acceptiora apud ipsam ea sarta faciat et praemio digniora. Quum enim ternum mysteriorum ordinem pia memoria replicamus, inde testator a nobis extat gratiae orga ipsam affectivo vultis; ita nimirum profitentibus, nunquam nos explei beneficiorum recordatione quibus salutem ipsa nostram inexplebilis est caritate complexa. Tantarum autem monumenta rerum frequenter in eius conspectu diligenterque celebrata, vix adumbrare cogitando possumus quasi beatam ipsius animam usque novae lactitiae voluptate perfundant, et quos in ea sensus exsuscitent providentiae beneficentiaeque maternae. Atque adeo ex iisdem recordationibus consequitur, ut imploratio nostra vehementiorem quandam ardorem concipiat et vim induat obsecrandi: sic plane, ut quot singularem revolvuntur mysteria, totidem subeant obsecrationis argumenta, sane apud Virginem quantopere valitura. Nemo ad te confugimus, sancta Dei Parens: miseros Hevae filios ne despereris! Te rogamus, Conciliatrix salutis nostrae aequo potens et clemens; Te, per suavitatem gaudiorum ex Iesu Filio proceptam, per dolorum eius inexplicabilem communionem, per claritudinem eius glorie in te redundantem, enixe obsecramus; tua nos, quemvis indignos, audi benigna et exaudi.

Vobis igitur, Venerabiles Fratres, Rosarii marialis praestantia, duplici quoque ex parte quam laudavimus, considerata, eo fiat apertius cur non desinat cura Nostra idem inculcare, idem provehere. Caelestibus auxiliis, quod initio monuimus, maiorem quotidie in modum indiget saeculum; praesertim quum late sint multa quibus afflicteretur Ecclesia, inri suo libertatique adversis; multa quoque civitatibus christianis prosperitatem et pacem, funditus labefactent. Iamvero ad ea demeranda auxilia spem Nos plurimam in Rosario habere sitam, rursus affirmateque profitemur. Utinam sanctae huic pietati pristinum ubique honor, secundum vota, reddatur: haec in urbibus et villis, in familiis et officinis, apud primores et infimos, admetur et colatur, non secus ac praeclara christianae professionis tessera, optimumque praesidium divinae propitiandae clementiae. — Quod quidem in dies impensius urgeant omnes oportet, quando impiorum vesana perversitas nihil iam non urget machinando et audendo, ut divini Numinis iram laecessat iustaeque animadversionis trahat pondus in patriam. Inter ceteras enim causas, hoc dolent Nobiscum boni omnes, in sinu ipso gentium catholicarum simum esse multos, qui contumeliosis religioni quocumque modo illatis laetentur, ipsique incredibili quadam licentia quilibet evulgandi, in id videantur incumbere ut

sanctissimas eius res exploratamque de Virginis patrocinio fiduciam in contemptationem et ludibrium multitudinis vocent. Proximis hiece mensibus, ne Christi quidem IESU Servatoris personae augustissimae temperatum est. Quam rapere in illecebras scenae, iam passim contaminatae flagitiis, minime puduit, eandemque referre propria deminutam naturae divinae maiestate; qua detracta, redemptionem ipsam humani generis tolli necesse est. Neque puduit velle a sempiterna infamia hominem eripere, sceleris reum perfidiaque summa post hominum memoriam immanitate detestabilis, proditorem Christi. — Ad haec, per Italiae urbes vel patrata vel patrandae, indignatio universe commota est, accriter deplorantium sacrerrimum ius religionis violatum, in eaque gente violatum, oppressum, quae de catholico nomine in primis meritoque gloritur. Tum vigil Episcoporum sollicitudo, perinde ac oportebat, exarsit; qui expostulationes acquisissimas ad eos detulerunt, quibus sanctum esse debet patriae religionis tueri dignitatem, et greges suos non modo de gravitate periculi admonuerunt, sed etiam hortati sunt, ut nefarium dedecus Auctori amatissimo salutis nostrae singularibus religionis officiis compensarent. Nobis certe omnino probata est bonorum alacritas, multis modis egregie declarata, valuitque ad leniendam aegritudinem ea de re intime acceptam. Per hanc vero alloquendi opportunitatem, supremi Nostri muneris vocem iam nequimus premere; atque cum eis ipsis Episcoporum et fidelium expostulationibus Nostras coniungimus quam gravissimo. Eodemque apostolici pectoris studio quo sacrilegum facinus conquerimur et execremur, cohortationem ad christianas gentes, nominatim ad Italos, vehementer intendimus, ut religionem avitam, quae locupletissima hereditas est, inviolate custodiant, strenue vindicent, honeste pieque factis ne intermittant augere. — Itaque, hac etiam de causa, continua Octobri mense certet optamus singularum et sodalitatum industria in honore habendo magnae Dei Matris, Adiutricis potentis christianae rei, Reginae caelestis gloriosissimae. Nos vero munera indulgentiae sacrae, in hoc ipso antea concessa, maxima voluntate confirmamus.

Deus autem, Venerabiles Fratres, qui nobis *tolem Mediatricem benignissima misericordiae providit* (1), quique *totum nos habere voluit per Mariam* (2), eiusdem suffragio et gratiae, faveat communibus votis, cumulet spes; accedente benedictionis Apostolicae auspicio, quam vobis ipsis et vestro cuiusque Clero populoque peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die VIII Septembris anno MDCCCXCIV, Pontificatus Nostri decimo septimo.

LEO PAPA XIII

(1) S. Bernardus, de XII prosergeticis. B. M. V. n. 2.—(2) S. Bernardus, serm. in Nativitate B. M. V. n. 7.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA SOBRE LA PROPAGACIÓN DE LA FE LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

EXTENDER cada día más el reino de Jesucristo, llamar al seno de la Iglesia á aquellos separados de nosotros por lamentables desdencias constituye, á nuestro entender, uno de los principales deberes anejos al altísimo cargo que ocupamos. Y por esta razón, desde los comienzos de Nuestro Pontificado, agujoneados por la Caridad Apostólica, Nos hemos procurado cuidadosamente alcanzar este resultado. Por este motivo, jamás hemos dejado, por cuantos medios están á Nuestro alcance, de proteger y multiplicar las Misiones católicas, únicas que pueden hacer brillar la luz de la cristiana sabiduría ante los ojos de los disidentes, consagrando á su sostenimiento y desarrollo los recursos que con este objeto han llegado á Nos, procedentes de todas las naciones. Por esta razón durante el año tercero de Nuestro Pontificado, publicamos aquella Nuestra Enciclica *Sancta Dei civitas*, encaminada á recabar para la insigne institución de la *Propagación de la Fe* el concurso, cada vez mayor, de la piedad y la generosidad católicas.

Nos, Nos complacimos entonces, con motivo de Nuestras exhortaciones, en recordar los humildes comienzos de esta obra, el considerable desarrollo que alcanzó en breve tiempo, las alabanzas con que la honraron y las generosas indulgencias con que quisieron enriquecerla nuestros ilustres predecesores Pío VII, León XII, Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX; los maravillosos resultados que pudieron obtener con su ayuda las misiones católicas, y los abundantes fru-

tos que aún podían seguramente esperarse de ella. Nuestras exhortaciones, gracias á Dios, no fueron perdidas; antes bien, por consecuencia de la generosidad de los fieles, obedientes á las vivas instancias de los Obispos, esta obra tan meritoria se ha desarrollado considerablemente durante los años que acaban de pasar. Pero nuevas y más urgentes necesidades reclaman hoy un celo mayor y una más activa asistencia por parte de la caridad católica, y son motivo para que Vosotros, Venerables Hermanos, redobleis vuestra solicitud y vuestros afanes.

Vos sabeis en efecto como Nos, por Nuestra Encíclica *Precclara*, publicada en el mes de Junio pasado, hemos creído coadyuvar á los designios de la Providencia llamando á todas las naciones de la tierra á la unidad de la cristiana Fe. Nuestros más fervientes deseos consistían entonces en apresurar por Nuestra parte el advenimiento de la dichosa edad, en que, según las divinas promesas, «no habrá más que un sólo rebaño apacentado por un sólo Pastor». Vosotros habeis visto recientemente por nuestras últimas cartas Apostólicas acerca de la conveniencia de conservar en todo su vigor las costumbres orientales, como desde aquel entonces Nuestra atención se halla fija en la oriental región y en sus venerables Iglesias, ilustradas en el curso de la historia por tantos nombres de fama perdurable. Nos os hemos hecho ya conoedores de las medidas que, tras de maduras deliberaciones con los Patriarcas de dichas apartadas regiones, Nos han parecido más conducentes al logro de Nuestros designios.

Nos no Nos hacemos ilusiones sobre las grandes dificultades que rodean esta empresa. Si Nuestro propio poder es demasiado débil para triunfar, Nos colocamos en Dios, de todo corazón, toda Nuestra confianza y toda Nuestra constancia; esto es lo esencial. En efecto, El que en su Providencia Nos ha dado la idea de acometer esta empresa, Nos dará también ciertamente, con su bondad, las fuerzas y los recursos necesarios para llevarla á término. Esto es justamente lo que Nos le pedimos en Nuestras constantes y fervientes oraciones, y Nos encarecemos á los fieles que dirijan al cielo las mismas súplicas. Pero como quiera que á los auxilios divinos que Nos imploramos con confianza, es preciso de toda necesidad, añadir los socorros humanos, es justo que Nos consagremos cuidados particulares á buscar y á escoger entre estos socorros los que á Nos parezcan los

más apropiados para conducirnos al fin que Nos proponemos alcanzar.

Para procurar en efecto la conversión de los orientales, separados de la única Iglesia, vosotros veis, Venerables Hermanos, que es necesario ante todo elegir de su seno un número suficiente de sagrados ministros que, llenos de ciencia y de piedad puedan por su consejo atraer á los otros á la unión tan deseada; que es preciso por otra parte generalizar todo lo posible las sabias prácticas de la vida católica, é inculcarlas á todos los pueblos de tal suerte que puedan acomodarse sin trabajo á su carácter nacional. Para esto es necesario hacer edificios convenientemente dispuestos y que se abran para la instrucción de seminaristas; que la mayoría de los colegios se organicen, repartidos según la densidad de las poblaciones, se provea á cada rito de los medios necesarios para que se desarrolle con la dignidad debida, y que, por la publicación de excelentes obras, los útiles conocimientos de la religión puedan llegar á todos.

Vosotros comprendereis fácilmente que todas estas cosas y otras parecidas deben llevar consigo algunos gastos; también comprendereis que las Iglesias de Oriente no pueden de ninguna manera, por sí mismas, hacer frente á empresas tan importantes y numerosas y que Nos mismo por el curso de las dificultades de los tiempos, no podemos venir en su ayuda tan plenamente como quisiéramos.

El único medio que resta es demandar, vista la urgencia de las necesidades, auxilios á la gran institución que Nos venimos alabando, y cuyo objeto se compagina perfectamente con el que Nos tratamos de cumplir ahora. Pero, á fin de que las Misiones Católicas no reciban detrimento alguno, por emplear parte de sus recursos con un fin distinto de aquel que constituye el peculiar de ellas, es necesario redoblar las instancias para que atente la liberalidad de los católicos, para una obra tan meritoria como la de la Propagación de la Fe. Es justo recabar los auxilios parecidos para la obra tan útil de las *Escuelas de Oriente*, á la que Nos hemos tan eficazmente recomendado y que se halla dispuesta, en virtud de la promesa formal de sus directores, á proporcionar á Nos mismo con igual objeto, y tan ampliamente como le sea posible, los fondos que pueda recoger.

Tal es la obra, Venerables Hermanos, para la cual Nos reclamamos de una manera especial vuestro concurso, y Nos no dudamos que vosotros mismos, que os esforzáis asiduamente por sostener y promover con Nos por todos los medios, la causa de la Religión y de la Iglesia, con Nos secundareis con ardor en esta excelente empresa.

Haced de tal suerte y con celo que la sociedad de la *Propaganda de la Fe* reciba un desarrollo tan grande como sea posible entre los fieles confiados á vuestros cuidados. Tenemos por cierto, en efecto, que muchos más fieles darán sus nombres y sus intereses con largueza, según sus facultades, si llegan á conocer, mediante vosotros, la excelencia de esta obra, la riqueza de sus tesoros espirituales y el importante concurso que debe esperarse, con razón, desde ahora para el progreso de la Religión cristiana.

Algo que debe conmover profundamente á los católicos, es saber que no pueden hacer nada que Nos sea más grato á Nos, al mismo tiempo que saludable para la Iglesia, que secundar Nuestros deseos y suministrarlos á porfía y con celo, recursos que Nos basten para organizar convenientemente y hacer prosperar las cosas que Nos fundamos para bien de las iglesias orientales.

Que Dios, cuya gloria es la única cosa que Nos tenemos presente para la difusión del nombre cristiano y para el restablecimiento de la unidad de la Fe y de la conducta moral, dirija una mirada benévola hacia Nuestros deseos y favorezca á Nuestra empresa.

En prenda de sus beneficios de predilección, Nos os concedemos á todos, Venerables Hermanos, á vuestro Clero y á vuestro pueblo, la bendición apostólica.

Dado en Roma cerca de San Pedro el 24 de Diciembre, décimo séptimo de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.



EPISTOLA ENCYCLICA

Qua institutum a Propagatione Fidei commendatur.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Consuisti nomen et regnum in gentibus quotidie latius proferre, atque devios discordesque invitare ad Ecclesie sinum et revocare, hoc nimirum, quemadmodum sentit animus, sanctum in primis esse officium muneris supremi, quod gerimus, ita iamdiu est curis Nostris studiisque, apostolica urgente caritate, propositum. Hanc Nos ob causam sacras tueri ac multiplicare expeditiones, quarum potissimum ope christianae sapientiae lumen ad errantes diffunditur, ad easque sustentandas auxilia in catholicis populis corrogata submittere, nulla unquam ratione cessavimus. Fecimus id praesertim, datis anno pontificatus tertio encyclicis litteris *Sancta Dei Civitas*, eo consilio, ut praeclero Instituto a *Propagatione Fidei* ampliore catholicorum quam pietatem tum liberalitatem conciliaremus. Tunc persequi hortando libuit, quam ipsum modicis initiis ingressum, ad quantum amplitudinem brevi tempore provenisset, quibus vel laudum testimoniis vel indulgentiae muneribus Decessores Nostrum illustres, Pius VII, Leo XII, Pius VIII, Gregorius XVI, Pius IX, idem ornassent; quam multum ex eo adiumenti sacris per orbem terrarum Missionibus allatum iam esset et quam uberiora forent deinde expectanda. Neque exiguus, Dei beneficio, respondit horum fructus; quem sane, Episcoporum navitati et instantiae obsequente largitate fidellum, benemerentissimum opus hisce etiam proximis annis amplifictum videamus. — At nova iam subest graviorque necessitas, quae effusiores in hanc rem spiritus manetque catholicae caritatis desideret, vestramque acut, Venerabiles Fratres, sollicitum.

Nam, quod probe nostis, per apostolicam epistolam *Praeclara*, iunio superiore editam, visum est Nobis Dei providentis servare consilia, vocando et incitando gentes quae ubique sunt ad fidei christi-

lianæ unitatem; illud tamquam summum votorum optantibus, ut aliquando per Nos maturetur promissum divinitus tempus, quo fiet unum ovile et unus Pastor.—Singulis autem curis interea spectare Nos ad Orientem eiusque Ecclesias, multis nominibus insignes et venerandas, ex ipsis nuperrime intellexistis litteris apostolicis, quas perscripsimus de disciplina Orientalium conservanda et tuenda. Inde etiam satis compertæ sunt vobis institutæ rationes, quas, collatis diligenter consiliis cum Patriarchis earum gentium, exploravimus, aptius ad exitum profuturas. Neque tamen diffitemur, hanc omnem causam difficultatibus implicari magnis: quibus elucandis si quidem impar est virtus Nostra, totam nihilominus fiduciam constantiæque vim, in quo maxime oportet, sitam habemus magno animo in Deo. Qui enim rei mentem Nobis et iociva providus dedit, vires ipse opemque ad perficiendum summa cum benignitate certe sufficit; atque hoc est quod enixis precibus ab ipso implorare contendimus, idemque ut fideles omnes implerent vehementer hortamur. Divinis vero, quæ fidenter expellimus, adiumentis quum humana prorsus succedere sit necesse, eis idcirco quaerendis et suppeditandis, quæcumque videantur ad id quo spectamus conducibilia, peculiare quosdam curas æquum est a Nobis impendi.

Namque ut Orientalibus, quotquot discessere, ad unicam Ecclesiam reditus manetur, videtis, Venerabiles Fratres, opus esse in primis parari ex eis ipsis idoneam sacrarum ministrorum copiam, qui doctrina et pietate abundantes, ceteris optatæ unitatis consilia suasdeant; catholice insuper sapientiæ vitæque institutionem, quem maxime evulgandam esse, atque ita impertiendam, ut præprio nationis ingenio accommodatius conveniat. Quare providendum, ut sacrae educandæ iuventutis, ubicumque expediat, parant instructæ congruenter domus; ut plura numero præsto sint gymnasia, alia alibi pro locorum frequentia; ut sua cuiusque ritus cum dignitate exercendi præbeatur facultas; ut optimis edendis scriptis manare ad omnes germana religionis notitia possit. Ista et similia efficere quantæ sit impensæ futurum, vosmet facile intelligitis: simul intelligitis tam multis rebus et magnis non posse Orientales Ecclesias omnino per se ipsas occurrere, nec posse tamen a Nobis, his rerum angustiis, quam vellemus opem conferri.—Restat ut apta subsidia præcipue opportuneque ex eo petantur, quod modo laudavimus, Instituto; cuius quidem propositum cum illo plane cohaeret quod Ipsi nunc animo destinamus. At simul vero, ne apostolicæ Missiones, derivatis partim in alienum usum quibus aluntur præsidii, quidquam accepturæ sint detrimenti, magnopere instandum est, ut eo largius catholicorum in ipsum influat liberalitas.—Similem autem cautionem rectum est adhiberi, quod attinet ad affine et perutile Institutum a *Scholis Orientis*, alius auctum commendatione Nostra; præsertim quum, moderatoribus eius aperta pollicitis, paratum similiter sit, de stipe a se cogenda, Nobis, quantum copiosius licuerit, in idem subministrare.

Id est igitur, Venerabiles Fratres, in quo vestra singulariter officia exposcimus: neque dubitamus quæ Nobiscum religionis et Ecclesiae causam sustinere et provehere modis omnibus assiduo studetis, egregiam Nobis sitis operam navaturi. Efficite edulò, in fidelibus, curae vestrae commissis ipsa a *Propagatione Fidei* Consociatio, quanta maxima possit, capiat incrementa. Pro certo enim habemus fore, ut multo plures dont ei libenter nomen et largam profacultate conferant sibi, si per vos plane perspexerint quæ sit eiusdem præstantia et quam dives spiritualium bonorum copia, quantaque inde rei christianæ emolumenta sint in præsens optimo iura speranda. Id certe homines catholicos debet movere penitus, quum noverint nihil se posse Nobis facere tam gratum, neque sibi Ecclesiaeque tam salutare, quam sic votis obsecundare Nostris, ut tribuere studiose certent unde ea, quæ Orientalium bono Ecclesiarum constituimus, re ipsa convenienter feliciterque præstemus. At Deus, cuius unice agitur gloria in christiani nominis ampliatione et in sancta eiusdem fidei ac regiminiis conjunctione, Nostris benignissimus adspiret desideris, faveat coeptis: eius autem lectissimorum munerum auspice, vobis omnibus, Venerabiles Fratres, et Clero populoque vestro Apostolicam benedictionem amatissime impertimus.

Datum Romæ spud S. Petrum die XXIV Decembris anno MDCCCXCIV, Pontificatus Nostri decimo septimo.

LEO PP. XIII.

